

# “ CUANDO IBAMOS CON EL CURA SANTA CRUZ “ LA PARTIDA SE REUNE



Manuel Elola (a) Mañuel Iturrine



Luis María Portugal

**La partida de los veinticuatro**  
A fines de junio de 1872 empieza a formarse la partida de Santa Cruz. De acuerdo con él, unos contrabandistas, correligionarios y compañeros suyos de emigración: Francisco Arbeláiz (alias Praixku de Bordagarai) José María Cincunegui (a) Beltxa de Arregui, los hermanos Sebastián, Esteban y Pedro José Soroceta (a) los de Emparan y Luxia, de Hernani, se presentan en Oyarzun, reúnen en una taberna unos cuantos mozos y se van con ellos a los Mártires de Azcoitia donde los espera Santa Cruz.

—¡Buena cuadrilla de muchachos! exclama al verlos llegar. Aquella noche duermen en los Mártires.

Al día siguiente, llevando ya al frente a Santa Cruz, bajan a Azcoitia. Allí el cura le pide prestados veinticuatro duros a un carnicero, y los reparte a duro por cabeza entre los veinticuatro chicos que le siguen. Luego echan a andar, en busca de reclutas.

Esto viejecitos...

Los reclutas, algunas veces debían de ir un poco forzados, pero en general se incorporaban a la partida de buena voluntad. Veían ustedes cómo cuentan su alistamiento los supervivientes de la partida don Salustiano de Iturrioz, Ignacio Roteta, Martín Azurmendi, Nicolás Lasa, Luis María Portugal, Manuel Elola y José Domingo Aizpúrua... Pero antes de que empiecen a hablar, voy a presentarles a esos siete viejecitos, vestigios, casi únicos ya, de la partida de Santa Cruz, cuyas memorias procuro recoger en este reportaje.

Ignacio Roteta es bajo, ancho y risueño. Un viejo simpático, locuaz. Él es de Usúrbil, pero siempre ha estado en Oyarzun, ejerciendo su profesión de molinero. Ahora, retirado ya vive en lo que llaman en las Vascongadas “la calle”, es decir, en el caserío de la población, en casa de una hija suya casada. Bien plantado todavía sobre sus firmes piernas de montañés pasea lentamente por la plaza del pueblo, con otros viejos contemporáneos suyos, evocando “aquellos tiempos”. Aquellos tiempos en que él tenía veinte años y era el cabo Roteta, de la partida “del cura”...

Luis María Portugal es un hidalgo



Nicolás Lasa (a) Nikoles Itxatxo



Martín Azurmendi (a) Martintxo

Oyarzun. Ha sido labrador. Ahora ya no es más que un ancianito, fino, pálido, encorvado, melancólico, que, apoyado en una cayada sale, con pasos inseguros, a sentarse a la puerta de su casa y allí se está quieto cara a sol horas y horas... De cuando en cuando, habla de la guerra... Habla con una voz apagada... lejana.

En otro caserío del término de Oyarzun, vive Nicolás Lasa Aristizábal, de mote Mikoles Itxatxo, que es el único superviviente de la guardia personal la llamada “guardia negra”, de Santa Cruz. Itxatxo es ladrador. Es un hombre alto, sarmentoso, firme y derecho todavía, de aire severo.

José Domingo Aizpúrua es de Zubietta y vive en Usúrbil, en “la calle” trabajando aún en su oficio de carpintero. Un buen tipo de vasco, fuerte seco, ágil, con una mirada clara, limpia; la sonrisa cándida...

Don Salustiano de Iturrioz, ex-capitán del ejército carlista, vecino de Hernani, es de todos estos veteranos el que menos anduvo con Santa Cruz: sólo unos días. Después pasó a otras partidas y luego se incorporó al ejército carlista, ve como de Hernani, es de todos estos veteranos el que menos anduvo con Santa Cruz; sólo unos días. Después pasó a otras partidas y luego se incorporó al ejército carlista de línea. Don Salustiano es un ser enjuto y nervioso, ve conseriva, al través de los años y de la vida civil, un empaque rígido de militar.

En fin, Martín Azurmendi y Elizalde, que no tenía más que dieciséis años cuando se fue con “el cura”, y le conocían por eso en la partida con el diminutivo de Martintxo, es un buen viejo que se gana la vida de mozo en la estación de Amaia, de San Sebastián. Martintxo fué sargento en

la partida de Santa Cruz, y luego, en las filas del “Ejército Real del Norte”, llegó a oficial. Acabada la guerra ejerció diferentes empleos, y logró disfrutar de cierto bienestar. Se casó, tuvo hijos... Con los años llegaron los quebrantos. Envidió; los hijos se marcharon; fué perdiendo aptitud para el trabajo... Ahora el pobre, viejo y solo, es lavacoches de los Ferrocarriles Vascongados. Y si será buen hombre que con su pequeño jornal mantiene a otro veterano carlista de ochenta y nueve años y a su mujer.

—Como son viejos...—me explica así como si él fuera un muchacho. Martintxo no se cansa de charlar de la partida y del cura. Habla con vehemencia, accionando vivamente agitando en su asiento, imitando las voces de los combatientes, el silbido de las balas de los fusiles, los estampidos de los cañonazos, los ayes de los heridos... Sus relatos tienen una gran fuerza dramática.

Como se iban “a los carlistas”

A juzgar por el modo que tuvieron de ingresar en la partida todos estos guerrilleros, Santa Cruz y sus tenientes no necesitaban apelar a la fuerza para conseguir reclutas.

—Yo—cuenta el señor Iturrioz—me quise ir primero con las partidas de Muñagorri y de Jáuregui. Muñagorri había sido maestro mío, en mi pueblo, Villafranca, y Jáuregui también era paisano mío y condiscipulo aunque bastante mayor que yo. Pero como era muy joven: tenía sólo dieciséis años—pues no me quisieron llevar. “Anda, chico—me dijeron—tú ve a casa...” Pero yo, en vez de hacerle caso, me presenté a uno de los tenientes del cura, a Elósegui, el maestro de Ibarra y ése me llevó...

—Yo—dice Portugal—salí a campaña poco antes de la Nochebuena. Me vinieron a buscar Praixku de Bordagarai y dos de los hermanos Sorocetas: Esteban, “el agente”, y Pedro José. Yo estaba exento, porque mis hermanos estaban casados, pero no me resistí... El padre y la madre vinieron a llorar... Pero me fui... —Yo—explica Itxatxo—no estaba en casa, cuando fué a buscarme Praixku antes de la Navidad. “¿Qué, dónde anda?”, preguntó. Y mis padres le contestaron que en Astigarraga, trabajando de aprendiz de carpintero. Y así era. Con que Praixku, que iba a ver si me quería ir con ellos a la partida, se marchó... Pero yo por mi parte ya había decidido irme con el cura, y el día de Navidad, junto con otros tres amigos, me presenté en Aritxulegui.

—Ya había yo querido irme a la guerra, antes de que vinieran a buscarme—dice Mañuel Iturrine—: había ido a Francia a ver si me alistaba en alguna de las partidas carlistas que se estaban formando allí para entrar en España; pero no pudo ser, y nos volvimos a Oyarzun... Alguien tiempo después, yendo un domingo por la noche de paseo por el campo con un amigo, nos salió de pronto al camino un hombre armado, gritando: —¡Alto!

Yo le conocí en seguida por la voz: era Beltxa de Arregui.

—No tires, le grité. Y le dije mi nombre.

Entonces él se acercó.

—¡Ah! ¿Eras tú?... Te tienes que venir con nosotros...

—Bueno, le contesté.

Como era domingo yo iba con mi traje nuevo de día de fiesta, y me daba lástima llevármelo puesto a la partida: lo iba a destrozar. Así que le dije a Beltxa.

—Oye. Con esta ropa buena no es propio ir a la guerra...

Y Beltxa se echó a reír.

—Bueno, hombre, bueno—me respondió—: ya te mudarás...

Echamos a andar juntos. Al pasar por mi casa me dijo:

—Anda, entra y múdate de prisa: yo sigo hacia Aritxulegui.

Entré, me mudé y luego salí y seguí los pasos de Beltxa.

Cuando me reuní con él ya llevaba un nuevo recluta: uno de los hijos de caserío de Aritxulegui... Los tres juntos nos fuimos hacia Aritxulegui.

—Yo—indica Roteta—salí al monte a los dieciocho años. Fué la noche del 22 de diciembre de 1872. Me encontré con Beltxa, de Arregui; me dijo: “¿Tú vienes con nosotros?”; y yo entusiasmado: “Sí, hombre; ¡ya lo creo!” Y me fui con él en busca de don Manuel. ¡Más contento iba yo por aquellos caminos con mi fusil al hombro!... Porque yo llevaba un fusil, que lo había tenido escondido en mi casa, pare cuando llegara el momento de echarme al campo...

—Yo me fui con don Manuel—cuenta José Domingo Aizpúrua—el 30 de enero de 1873. Yo trabajaba en mi oficio de carpintero junto con Aniceto Indart, “el corneta”, en los talleres del señor Lerchundi, en San Sebastián y los dos decidimos irnos a la partida... Ya estaba en ella el hermano de Aniceto, Esteban... De modo que un día me marché del taller a Usúrbil, y allí esperé a Aniceto, y cuando llegé nos juntamos con otros muchos mozos de por allí, que también querían irse con don Manuel, y fuimos y nos presentamos a él, que estaba en Aya... Seríamos, en total, unos ochenta chicos los que nos presentamos...

—Estaba yo—dice Martintxo—sirviendo en un caserío por la parte de Astigarraga, cerca de Beasain, cuando pasó por allí Santa Cruz, con unos 30 chicos y se pararon a echar un trago. —¿Qué, qué hacéis aquí?, me preguntó don Manuel.

—Pues aquí, sirviendo—le contesté yo—: pero contento me iría con usted.

—Pues si quieres, ¡hala!—me dijo Y me fui con ellos.

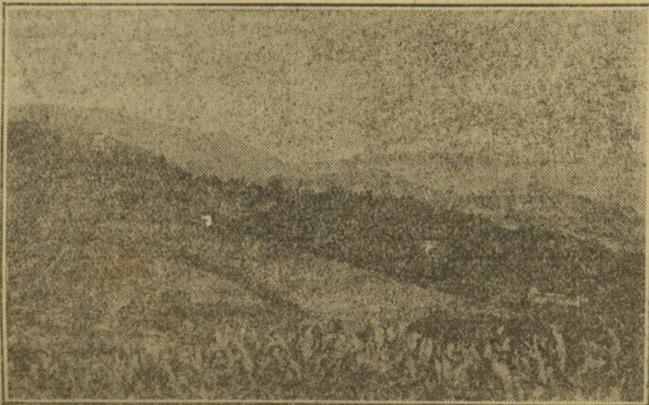
Aritxulegui

Esta sencilla declaración de “Me voy con vosotros”, bastaba en general para que se aceptara al recluta en la partida, se le diera—cuando eso era posible—un arma y se le confiara desde aquel momento todo género de servicios castrenses, como a un guerrillero más. No era menester gastar tiempo en investigaciones para comprobar su lealtad, porque habitualmente o Santa Cruz mismo o sus tenientes los conocían a él y a sus padres: de toda la vida; y tampoco había que darle ninguna instrucción militar, por que conocimiento del terreno, instinto de cazador y resistencia física, que eran las cualidades fundamentales del “partidario”, todos las tenían.

Siempre que se podía, los nuevos voluntarios eran conducidos a Aritxulegui.

Aritxulegui es un collado cercano a Oyarzun que tenía valor estratégico por que era un nudo de caminos. Por esto, y, además, por ser los montes próximos muy abruptos, llenos de bosques y cuevas, en donde era fácil encontrar un refugio inviolable, el Cura Santa Cruz había establecido allí su cuartel general. En los caseríos y bordas de Aritxulegui solían quedarse de guarnición algunas fuerzas de la partida, mientras las demás salían a hacer correrías, y en las cuevas de los alrededores estaban los depósitos de armas y municiones. Cuando se veían muy perseguidos por las tropas liberales, o cuando habían sufrido alguna grave derrota, o cuando un largo temporal dificultaba sus andanzas, los guerrilleros trepaban a Aritxulegui. Allí descansaban, se rehacían, y luego volvían a salir.

En Aritxulegui, que era también a modo de Depósito de Reclutamiento,



Aritxulegui, el refugio de la partida del Cura en los días adversos. A la izquierda, la Peña de Aya y la Iglesia de Oyarzun.



Don Salustiano de Iturrioz



Ignacio Roteta

vieron por primera vez a Santa Cruz muchos de los guerrilleros.

Pero otros se iban detrás de él a su paso por los pueblos y los caseríos, arrebatados por su leyenda; subyugados por el sombrio fervor de aquel capitán de cruzados.

Retratos del cura

Los guerrilleros conservan claro el recuerdo de su primer encuentro con él, y los retratos que de él hacen se parecen bastante entre sí.

—Tenía la mirada muy viva—dice don Salustiano de Iturrioz—y era nervioso, ágil. Llevaba la barba sin afeitar, crecida y descuidada. Iba vestido con un traje oscuro, calzado con alpargatas. No usaba armas; únicamente un palo en la mano. Alguna vez lo ví montado a caballo, pero casi siempre marchaba a pie, saltando ligero, por los riscos. Era serio. Nunca se reía. Hablaba poco...

Roteta lo pinta así:

—Tenía una estatura regular, y era fuerte. Andaba muy ligero, pero no dando zancadas, sino con paso corto y vivo, casi sin pisar, casi sin tocar el suelo. La cara, seria, seria.

“Beltxa” de Arregui me presentó a él, diciendo:

—Aquí “le” tiene usted a un buen soldado.

Y él dijo que “sí” con la cabeza sin hablar.

Luego se fijó en que yo llevaba un fusil “Berdan”, y me preguntó, así como desconfiando:

—Eh, ¿tú cómo es que tienes esa arma?

—Es que me la trajo un primo mío de Zarauz, del ataque de Orcoieta—le respondí.

El entonces volvió a decir que “sí” con la cabeza.

Y ya no hablamos más aquella vez.

La primera vez que lo ví—me explica “Martintxo”—me impuso mucho. El era así “respetuoso”, con aquella barba que llevaba y la cara muy seria...

“Mañuel Iturrine” guarda la misma impresión:

—Cuando yo llegué a “Aritxulegui” él no estaba: andaba de operaciones. Volvió al poco tiempo y entonces lo ví por primera vez. Era de cara muy seria. No era amigo de bromas, ni de charlar. Apenas hablaba. Yo nunca hablé con él... Era serio, serio... ¡Imponía un respeto!...

Su guardia personal, “Mikoles Itxatxo” lo describe de este modo:

—Era de estatura regular: tenía las piernas un poco cortas y en ambiente el torso grande. Era de buenas carnes... Recuerdo que una vez nos pesamos en Vera y él pasaba de las seis arrobas... Era fuerte, gran andarín. Andaba con un paso vivo, vivo, que no había manera de seguirle... En las marchas casi siempre nos dejaba atrás al poco rato y nos veíamos mal para alcanzarle... Iba con un palo en la mano. En los ataques, allí andaba él, por entre las balas con el palo, tan tranquilo. No le gustaba usar armas.

Sólo una o dos veces lo ví con un trabuco, al hombro, pero no sabía hacerle funcionar, de modo que lo dejó y decía riéndose: “Está visto, que yo no sirvo para andar con armas”.

Tipos de la partida

—¡Allí estaba buena gente!—dice el viejo “Martintxo”—. Buena, buena, gente... Allí estaban carlistas finos...

“Allí es la tropa de Santa Cruz. “Martintxo” y los demás veteranos me hablan de los tipos salientes de los partidos: Hilario de Zarauz, el “Corneta” de Lasala, “Praixku” de

Bordagarai, “Beltxa” de Arregui, “Luxia” de Hernani, Errotaya de Arandier, “Ollarra”, los hermanos Sebastián Esteban y Pedro José Soroceta, “Antxuxe”, “Martoto”, “el tuerto de Aya”, Antón, “el Estudiante”, el secretario de Régil el maestro de de Ibarra, el “Jabonero de la Brecha”...

Hilario de Zarauz mandaba una de las partidas del cura.

—Era—según el retrato que hace de él el señor Iturrioz—un muchacho de veinticuatro años, alto, gallardo, valiente, simpático. Marchaba siempre a la cabeza de su tropa, y los guerrilleros lo querían mucho.

Murió en la acción de Lizarza.

A Esteban Indart, nacido en Hernani, le llamaban “el Corneta de Lasala” porque estando sirviendo en la finca de la familia Lasala en San Sebastián, avisaba a los trabajadores a las horas de comer y de abandonar el trabajo con una corneta. “El Corneta” fué oficial de “Jabonero” y conspiró siempre contra él.

—Era—dice Iturrine—un chico listo y audaz...

Murió fusilado por las tropas del general Lizárraga, en Ormaiztegui.

“Praixku” de Bordagarai murió con él.

“Praixku”, que se llamaba Francisco Arbeláiz, era de Oyarzun. Era un hombre ya de cerca de cuarenta años, que en la paz había sido contrabandista y que se lanzó a la guerra con una pasión de fanático. A la muerte de “Jabonero”, le substituyó en el mando de la partida y fué compañero inseparable del “Corneta”, al cual no se debía de parecer mucho, sin embargo. Mientras “el Corneta” era, por lo visto, hábil e intrigante, “Praixku” era un tipo toco, duro, de maneras brutales, que imponía a sus gente una disciplina rígida y las castigaba sin piedad.

—¡Mucho respeto le teníamos! ¡Mucho respeto!—exclamaba hablando de él Roteta—. Pero era áspero. No tenía “escuela”...

—Era bruto—dice el viejo Iturrine—. Cuando lo fusilaron no se lo sintió mucho. ¡A otros había fusilado antes él!

José María Cincunegui (a) “Beltxa” de Arregui, teniente de la partida que mandaron sucesivamente Sebastián So-



José Antonio Aizpúrua